WINSTON MORALES CHAVARRO

# Ramos Sucre: estética y metafísica

*El Universo es una creación mental,*
*sostenida en la mente del todo.*
EL KYBALIÓN

Ramos Sucre, el gran Ramos Sucre, no tiene un locus exacto. Muchos quieren estacionarlo en el romanticismo, el modernismo e incluso el surrealismo. No obstante, su literatura, su voz, su estro escapan a todo rótulo y categoría. El poeta se estaciona en un supratiempo y un supraespacio que no tienen vínculos con las jerarquizaciones literarias. Además, vive con dureza una especie de metempsicosis que lo lleva a transformarse en todos los hombres y todos los tiempos, en todos los objetos y todos los elementos, en todas las causas y todos los efectos.

El poeta venezolano posee la llave para entrar en una atmósfera "otra", en donde todas las épocas confluyen, se encuentran, se mezclan y se enlazan. Su transubstanciación lo lleva a incorporarse en el cuerpo metafísico de un hombre total, aquel que es capaz de traducir la voz de un hombre ecuménico, el mismo que tiene el rostro de todos los relojes y el cuerpo de todas las máscaras:

> Yo había perdido la gracia del emperador de China.
> No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirles de modo explícito mi degradación.

Nota: Para todas las citas de la obra de Ramos Sucre, *Cfr*. José Antonio Ramos Sucre, *Las formas del fuego*, Ediciones Siruela, Madrid, 1988 y Rafael Arraíz Lucca, *El coro de las voces solitarias. Una historia de la poesía venezolana*, Colección Fuegos bajo el agua, Grupo editorial Eclipsidra, Caracas, Venezuela, 2003.

> Un rival me acusó de haberme sustraído
> a la visita de mis padres cuando pulsaron
> el tímpano colocado a la puerta de mi
> audiencia.
> Mis criados me negaron a los dos ancianos,
> caducos y desdentados, y los despidieron
> a palos.
> ["El Mandarín"]

El poeta dialoga con personajes aparentemente inexistentes, etéreos, gaseosos; con formas individuales que parecen ser o aparentan tener otro tiempo, otro escenario, otra estratosfera. A través de la palabra, Ramos Sucre es capaz de violentar las limitaciones de carácter mental, geográfico, temporal. Da la sensación de que el poeta conoce ese principio hermético que sustenta que el universo es mental y que todo se sostiene en la mente del todo. Su poesía halla sus estructuras en la linealidad de un tiempo que no posee presente, pasado, futuro. Es más, podemos aseverar con certeza que estamos frente a una poesía que adquiere dimensión con el paso de los años y comienza a cifrarse en generaciones futuras y no pasadas, fenómeno que se repite en poetas tan descollantes como Blake, Novalis, Hölderlin, Nerval o Baudelaire.

Ramos Sucre pertenecer a otro tipo de sociedad (¿sociedad secreta o poética?), en cuyo tiempo y espacio funda su reino (la literatura), instala su bandera (la poesía), recrea su lenguaje (el poema), marca su territorio (la visión o la imaginación) y crea sus habitantes (los personajes, la arquitectura, las deidades, la historia, el mito) que entrega al lector para que su entendimiento se eleve a consideraciones de carácter trascendental, desprovisto de los excesos de la lógica y del razonamiento masculino.

## La Metafísica y su camino de diamantes

La poesía de Ramos Sucre está escrita en primera persona: emana de un ser individual que puede representar a un ser colectivo; es una voz que se sujeta a un todo poético, de la que emerge un todo poético. En la poesía del venezolano cobra una importancia especial la palabra "Yo", que sugiere un vínculo especial con un precipicio esotérico, un principio bíblico, una apertura alquímica: "Yo era el senescal de la reina del festín. Habíamos constituido una sociedad jocunda y de breve existencia." ["El malcasado"]

Toda su obra está habitada por la presencia de lo "incorpóreo", de lo "inmaterial", de lo "invisible". Su estética parece traducirse en un elemento extrafísico que escapa a las formas de lo concreto, de lo material, de lo presente. De allí que pueda reafirmarse que Ramos Sucre pertenece a otro reino, a otra sociedad. Su manera de razonar deriva de la lógica en la que trasegaron otros poetas latinoamericanos, como Dávila Andrade, Carlos Obregón y Jaime Sáenz.

Además de la presencia literaria de lo distinto es común observar en la poesía de Ramos Sucre la permanencia de otros mundos, como si en ella se revelara la sentencia de Paul Eluard: "Hay otros mundos pero están en éste." Ramos Sucre descubre esos mundos, entra, los recorre y se pierde en ellos; divaga por ellos: "Una mano desconocida había depositado, antes de mi deserción, una corona de flores lívidas en la mesa de su oratorio. Esa corona, ceñida a la frente de la muerta, bajó también al reino de las sombras". ["El malcasado"]

¿Qué posibilita esa visión? ¿Cómo adquiere el poeta esa facultad de mirar lo incorpóreo? Sin lugar a dudas la respuesta subyace a la consecución de un sentido extraterreno, en la apropiación de un sentido suprasensorial que le permite visualizar otras presencias, formas o estructuras; muchas amalgamas, otros resortes.

Su olfato poético le permite trasplantarse a un tiempo absoluto (¿el Aleph planteado por Borges?) en que puede presenciar lo ocurrido, lo que ocurrirá o lo que ocurre. En ese plano confluyen cientos de ciudades e historias, miles de cartografías que Ramos Sucre engulle para luego plasmar en el papel cuando regresa a su cuerpo material, su estado inicial, su manía literaria.

Da la impresión de que el poeta está conectado con otra memoria que le permite divagar por una dimensión

desconocida que se abre al creador mediante la imaginación y la intuición filosófica; una geografía a la que sólo acceden los artistas más adelantados y *confeccionados*: "Yo rastreaba los dudosos vestigios de una fortaleza edificada, tres mil años antes, para dividir el suelo de dos continentes". ["La ciudad de las puertas de hierro"]



¿Es Ramos Sucre un olfateador de resonancias? ¿Se apropia el poeta de reverberaciones acústicas de manera consciente o un proceso subconsciente lo alimenta?

En una carta dirigida a su hermano Lorenzo (24 de marzo de 1921), el poeta le recomienda la lectura de la *Ilíada* y la *Odisea*; de Plutarco y Virgilio, de los *Edda* (las colecciones de mitología nórdica), la *Divina Comedia*, *Orlando Furioso*, de Ariosto, *Don Quijote*, *Fausto*, *Telémaco*, las *Mil y una noches*… Estos gustos literarios muestran su apego y su proximidad a textos fundamentales de todos los tiempos.

Sin embargo, ¿es posible que tales libros le hablen a todas las almas? ¿Acaso es falso que no todos los individuos están diseñados para tales lecturas y que no toda lectura se revela de igual manera a todos los hombres? Esa concomitancia secreta entre libros como los mencionados y el espíritu del aeda venezolano se resuelve y se manifiesta en su temperamento y carácter poético, en su pluma, en su prosa. Con base en lo anterior, se propone la hipótesis de que Ramos Sucre habla con sus iguales, se acerca a sus almas gemelas: a sus hermanos esotéricos. Se vitaliza y robustece en el mundo literario de Milton, Dante, Plutarco y, sobre todo, las mitologías escandinava —la que quizás *le hablaba* desde un locus común o cercano—, egipcia, griega, hebrea y la hermética u obscura. Es un regreso al suelo transitado, a una especie de tierra prometida, en una búsqueda del tiempo aparentemente perdido. El lenguaje abstruso en tanto que figuración de lo incomprendido, lo lleva a relegarse de su contexto, de su historia y de aquel tiempo al que se refería como inventado por relojeros.

## Poesía y desterritorialización

La memoria arcana que *habla* al poeta lo lleva a situarse en una especie de no-lugar, un precipicio que abarca el conocimiento absoluto (Ramos Sucre estudió latín, alemán, inglés, francés, sueco, holandés, historia, literatura, filosofía, geología, geografía, derecho, matemáticas) y lo estaciona en un universo total: cosmología poética en donde no entran las glorias mundanas o las romerías, y donde lo único que apremia es el dolor, el retiro, la oquedad.

Al ubicar o fundar otro territorio, no propiamente físico, Ramos Sucre establece una especie de desterritorialización voluntaria, pues es indudable que se extrae de una realidad presente para ubicarse en una realidad pasada o eterna, donde lo único que cuenta es la configuración de un ente universal y perenne. El poeta se declara, a través de su escritura, un ser que lucha por elevar su conciencia humana, un hombre que combate al animal que todos

llevamos dentro. Su escritura muestra una permanente fricción entre la materia y el espíritu, entre el conocimiento absoluto y la lógica de la contemporaneidad:

> Yo rodeaba la vega de la ciudad inmemorial
> en solicitud de maravillas. Había recibido
> de un jardinero la quimérica flor azul.
> Un anciano se acercó a dirigir mis pasos.
> Me precedía con una espada en la mano y
> portaba en un dedo la amatista pontificial.
> El anciano había ahuyentado a Atila de su
> carrera, apareciéndole en sueños.
> ["La Procesión"]

Este saber abstruso le obliga a un ejercicio de liberación. La escritura en Ramos Sucre no es muestra de intelecto, de pose, de apariencia filosófica. Su poesía es el reflejo de lo que el hombre es; su prosa poética desnuda un alma en constante ascenso hacia lo divino, lo total, la unidad, la nada, el todo. Ramos Sucre sufre como se constata en sus cartas, en las que se observa su inclinación suicida, en su descontento y en su avidez. El árbol del saber provoca todas estas crisis. Sólo los idiotas son felices, dirá alguien por allí. El único estado de felicidad para el aeda latinoamericano es la escritura, la disciplina literaria.

Todo lo anterior refuerza la hipótesis sobre la desterritorialización del vate. Ramos Sucre carga sus bártulos y su cruz y va por los rincones de un mundo al que no todos tenemos acceso. Mediante la intuición filosófica el poeta trasciende la normatividad del mundo presente-vulgar para instalarse en las coordenadas de un continente mitológico, divino y etéreo, cuyos planos fueron diseñados por las manos del Gran Creador. Ramos Sucre lucha por la armonía y el equilibrio entre la materia, el intelecto y el espíritu; de ahí que el del sufrimiento sea uno de sus mejores lenguajes: "Yo me había internado en la selva de las sombras sedantes, en donde se holgaba, según la tradición, el dios ecuestre del crepúsculo." ["El Alumno de Tersites"]

La poesía de Ramos Sucre constata una permanente fuga: el aislamiento de lo "real" y aparente para sumergirse en el río de la historia, cuyas aguas son claras y por eso mismo fidedignas, y cuya corriente está delineada por la memoria de un prisma humano de donde emana la voz del pasado, de lo vivido, de lo que sigue viviendo, de lo que gravita indefiniblemente por la atmósfera y el estro literario: "Yo recataba mi niñez en un jardín soñoliento, violetas de la iglesia, jazmines de la alhambra. Yo vivía rodeado de visiones y unas vírgenes serenas me restablecían del estupor de un mal infinito."["Victoria"]

## Santidad a través de las ciencias oscuras

José Antonio Ramos Sucre fue un visionario. Además de poseer el don, el escaso don de la palabra, poseía la visión de todo iniciado. En una carta a su hermano Lorenzo argumenta: "Creo en la potencia de mi facultad lírica. Sé muy bien que he creado una obra inmortal y que siquiera el triste consuelo de la gloria me recompensará de tantos dolores." [Apartes de una carta fechada el 25 de octubre de 1929, pocos meses antes de su suicidio].

En la carta, el creador exhibe el convencimiento, la certeza de que su búsqueda —no sólo literaria— es la adecuada y que su flecha apunta a un blanco inexcusable.

Ramos Sucre conoce el camino del exceso mental para acceder a otros niveles síquicos. Su certeza también estriba en la búsqueda de la santidad —no la del monje ni la del papa— a través de las ciencias oscuras. La mayor preocupación del poeta es lograr la gran obra —la del trabajo alquímico— a través de la literatura órfica y el saber teosófico.

Sólo a partir de una transformación espiritual —propósito de todo metafísico— era factible la consecución de la gran obra, de la tabla esmeraldina. Ramos Sucre sabe que la transformación del mercurio en oro es sólo una alegoría y que en última instancia lo que los grandes alquimistas buscan es la transformación de la materia en espíritu. De allí su preocupación, su coherencia, su consecuencia. El poeta sabe que las peroratas son para los oficiantes, para los

sordos-parlantes de los radicalismos ideológicos: "Yo vivía perplejo descubriendo las ideas y los hábitos del mago furtivo. Yo establecía su parentesco y semejanza con los músicos irlandeses, juntados en la corte por una invitación honorable de Carlomagno." ["El valle del éxtasis"]

José Antonio Ramos Sucre conoce el lugar donde se funden las presencias y el valor simbólico de la tierra negra, del *Yo Soy*, de la serpiente verde, de la tabla esmeralda. También conoce las cartografías finamente diseñadas por Hermes Trismegisto (padre de todas las religiones y todas las filosofías), Ramón Llull (filósofo y místico catalán), Pico della Mirandola (neoplatónico renacentista), Francesco Giorgi (monje cabalista), Cornelio Agripa (filósofo y mago), Roger Bacon (filósofo aristotélico), Trithemius (iniciado en las ciencias secretas), Paracelso (antroposofista, místico y



mago), Cagliostro (avezado en las palabras, las yerbas y las piedras), Saint-Germain (virtuoso en las ciencias ocultas), etcétera. Gracias a ello se pudo acercar de manera concienzuda al misticismo, la filosofía, la ciencia, al arte, la Cábala y la filosofía hermética. La única manera de resolver sus interrogantes más profundos fue acercándose a la vida de prohombres como los mencionados y recapitular su plano físico en el conocimiento del espíritu y las doctrinas "oscuras". Por ese camino busca la salvación, la resolución de sus conflictos internos y externos, que purifica y metamorfosea a partir de la escritura y el ejercicio literario:

> Yo visité la ciudad de la penumbra y de los colores ateridos y el enfado y la melancolía sobrevinieron a entorpecer mi voluntad… Yo salí a recrear la vista por calles y plazas y pregunté el nombre de las estatuas vestidas de hiedra. Prelados y caballeros, desde los zócalos soberbios, infundían la nostalgia de los siglos armados de una república episcopal.
> ["La Cañoneas"]

## La muerte, su escritura, su círculo

Existe un sino trágico en los cuatro poetas andinos mencionados: la muerte. Si es verdad que el único que no lleva a feliz término su propósito —porque la muerte es un propósito— es el boliviano Jaime Sáenz, también es cierto que lo intentó varias veces. La permanencia de ese Ente maravilloso está en sus versos.

Ramos Sucre, Carlos Obregón, César Dávila Andrade y Jaime Sáenz la tributan, la coronan, la ovacionan. De igual modo, los poetas de todos los tiempos la festejan y la cantan. La muerte es para ellos un territorio, un elemento literario, un recurso estilístico. Todos los artistas, los grandes artistas, han trasegado por ese territorio de sombras (¿o de luz?): Homero (el descenso de Odiseo al submundo), Virgilio (el encuentro de Eneas con Anquises en el descendimiento a los infiernos), Dante Alighieri (conversación de Charles Martel con Dante en el "Paraíso"), Ronsard ("Himno de





los daimones"), Milton (*El Paraíso perdido*) y Goethe (*Fausto*).

Ramos Sucre no podía ser la excepción. Su poética es un canto permanente a Perséfone (diosa griega) o Proserpina (su equivalente en la mitología romana). Para el gran creador venezolano, la muerte no es una idea infausta ni la vaga idea extendida por una religión represiva cuyo máximo interés es inocular el miedo y lograr la conversión a través de ella. La muerte posee un cuerpo —casi siempre literario—, una seducción poética, un hechizo metafísico, una fascinación esotérica. Al aproximarse a ella, a su territorio de ánimas volantes, se presenta una especie de conversión espiritual, de ascenso hacia lo absoluto:

> Cuando la muerte acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocaré un ser primaveral, con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposará mi semblante…
>
> ["Omega"]

La muerte está representada por lo femenino como ciclo que comienza y termina, que empieza y acaba; espiral que no muere, que no bosqueja su último trazo. La muerte es la única posibilidad —eso lo sabe Ramos Sucre—, el fin de la sonrisa absoluta de la que adolece la vida. Para el poeta, la muerte es una forma corpórea, una presencia, una vibración, un movimiento hacia otros espacios.

¿Pánico de ella? ¿Miedo? Estos interrogantes suponen una contradicción en la respuesta. Es muy factible cantarle con tal de mantenerla alejada, y no deja de ser cierto que es un resorte para entrar a otra lógica, a un nuevo razonamiento sobre la vida, a una nueva percepción del espacio y el tiempo. En esa búsqueda frontal de la verdad, la muerte suele ser el camino más apropiado, el único camino, el sendero de las respuestas, las prácticas, las visiones y las experiencias. Cantarle a la muerte, escribirle a la muerte, tratar de descifrarla es, en resumidas cuentas, una manera de apropiarse de la historia, del presente, de una cronología que está muy vinculada a la expiración y a todo lo que fenece.

La muerte es el rostro del tiempo, es la cara de un eco de horas que van quedando inscritas en un éter que los poetas intuyen. Ese éter se reincorpora de lo gaseoso y comienza a poseer una configuración material: todo lo que "expira", todo lo que "acaba", todo lo que se transforma (la materia no se destruye) toma un matiz revelador en la escritura del vate. En la muerte, por supuesto, no existe la percepción del tiempo terrestre, la idea racional de un espacio real, la certeza de un órgano tangible y específico. La muerte crece en el poeta, se desarrolla de modo muy particular a través y a partir de su angustia literaria:

> He seguido los pasos de una mujer pensativa. Me sedujeron los ojos negros y la extraña blancura de la tez.
>
> Una enfermedad me había desinteresado de la vida. Recorrí una serie de calles desempedradas y sumidas en la oscuridad. Yo me abandonaba al peligro de una manera indolente…
>
> He presenciado el desfile y la reunión de unas figuras ambiguas. Todas mostraban el rostro de la mujer pensativa y me rodearon, formando un coro de amenazas y de lamentos…
>
> ["El Extravío"]

De otro lado, la muerte es desvelamiento del todo, la voz secreta del todo, la omnipresencia del todo. En ese camino de estrellas, en esa noche absolutamente oscura (donde se encuentra la totalidad de la luz), el poeta es capaz de fundirse con su lenguaje interior, el que contiene la búsqueda de la verdad: la verdad como una señal particular del ser trascendental e interior.

La muerte constituye, pues, un entreacto, el intermedio de la obra en donde se pasa a otra sala, a otros ambientes que son quizás los puntos de partida y de llegada, el no-lugar donde se recupera la memoria absoluta, aquella que nos habla de todos nuestros nacimientos y todos nuestros fines.

La expiración, el acabose de las cosas puede tener una estrecha relación con el olvido: ¿qué es el olvido sino la muerte de un recuerdo, de una vivencia? En este sentido, el olvido tiene relación con lo que fenece. Se muere diariamente, se recapitula la página en blanco de la existencia a través del tiempo recobrado, de lo que logra evocarse. Lo demás está "aparentemente" muerto, subyace en el río del olvido, en las aguas fragorosas de las sombras. La memoria nos mantiene vivos, la reconstrucción de la historia —de nuestra historia— nos hace dueños de la vida y de sus discursos literarios. ¿No seremos acaso el recuerdo de algún Daimon? ¿La idea sostenida en el espacio por algún dios antiquísimo y suprahumano? ¿Es el olvido de ese dios lo que nos lleva al fallecimiento? Acaso la muerte sea el desaparecer —por un minuto— de las corrientes subterráneas e invisibles de un pensamiento extraterreno, que nos lleva, en el tiempo formal, a ausentarnos por muchas "horas" del territorio de los "vivos". Esa es quizás una de las razones más poderosas por las que Ramos Sucre se apropia de su memoria individual y de la memoria colectiva de la que forma parte; memoria que, sin embargo —como en el efecto mariposa— puede retocar, recrear, interceder, modificar y alterar:

> Un relicario de bronce guardaba, más de mil años, los despojos de una virgen cristiana arrojada al Tíber. Yo había reconstruido algunos episodios de su jornada en este mundo por medio de las noticias breves, lineales, de una crónica devota... Yo me restablecí de un afecto desvariado asumiendo una actitud contemplativa, esforzándome en dibujar la figura ideal de la santa. Yo me perdí adrede en la soledad de unos montes bruñidos y me abandonaba sobre un reguero de piedras. Una golondrina desertaba de los suyos en el mes de sombras de la cuaresma y creaba delante de mí, enredándose en mis cabellos, la vista de la vía desierta y de la iglesia del relicario en la Roma pontifical.
> ["El Jardinero de las espinas"]

## Vocabulario esotérico

Ramos Sucre cifra su lenguaje en una atmósfera oscura. Es un lenguaje que debe desmontarse y desarticularse hasta que quede totalmente desnudo. De esa desnudez surgirá, sin lugar a dudas, una idea auténtica, una verdad relativa, una consideración trascendental que bordeará los predios de lo absoluto y lo hermético: "Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis destinos y la vida me aflige". ["Preludio"]





El poeta aspira al silencio del todo, a la nada de la no-escritura, de la no-palabra, de la no-razón que le ofrezca las esencias originales de lo callado y mudo; aquello que lo aleje del barullo escatológico de la cotidianidad humana: "Yo había pasado la mitad de la noche a la vista de las frías constelaciones y vine a recogerme y a dormir en una sopeña a la manera de Orfeo." ["Bajo el velamen de púrpura"]

Esta relación del poeta con la cosmología interna y externa (el poeta como microcosmos) lo lleva a una transubstanciación que le permite asumir la visión de un individuo no material, etéreo, capaz de contemplar las estrellas desde su naturaleza inorgánica, no material, no sustancial —desde la óptica de lo físico—, y amparado en una nueva estructura de espacio, cuerpo, tiempo y mente. Esta es una consideración plenamente esotérica y metafísica.

Sus recursos literarios, su estilo, sus sobrias metáforas, su propuesta atmosférica plantean siempre la existencia de un plano que no se sujeta a coordenadas terrestres o a lo expresamente humano: "Su mente padece la visión de los jinetes del exterminio, descrita en las páginas del Apocalipsis y en un comentario de estampas negras." ["Los Herejes"]

Ramos Sucre evoca de manera constante un trance al que suele tener acceso, ya sea por la vía literaria-intuitiva, ya por el camino imaginativo-filosófico. De cualquier modo, siempre resulta esclarecedora su poesía en el sentido en que propone una realidad posible, otra, que el poeta conoce, moldea, maneja y trueca. Es una verdad maleable, una tela que se dobla de acuerdo con los pliegues trazados por el propio escritor: "Yo adivinaba los acentos claros del alba, salía de mi retiro y pisaba con reverencia y temor la escalinata roída por la intemperie". ["Lucía"]

En otros poemas parece existir un poeta-oído, un hombre cuya oreja se extiende a consideraciones extrageográficas e intemporales. El poeta sumerge sus oídos en la resonancia universal de un silencio acústico, una nada sonora, una música muda que es sólo audible desde un no-lugar poético, desde una cartografía sonora o un mundo constituido por puros sonidos, por el trazo musical de un resorte "involuntario" y perenne: "Yo visitaba la selva acústica, asilo de la inocencia, y me divertía con la vislumbre fugitiva, con el desvarío de la luz… Yo frisaba apenas con la adolescencia y salía a mi voluntad de los límites del mundo real." ["Antífona"]

Este poema sugiere la facultad del poeta de abandonar los límites del mundo y trascender a otra dimensión *posible* dibujada a través de su niñez y adolescencia. Pero, ¿de qué niñez y de qué adolescencia nos habla Ramos Sucre? ¿De la suya, de la de su otro, de la de sus otros, de la de un ser que *fue* y con el que se descubre? Es muy factible que ese asilo de la inocencia del que habla en el poema no sea sino su escritura y la metamorfosis que vive a través de ella. El asilo lo recibe a diario, es su segunda o primera morada, es el lugar de encuentro con sus múltiples voces, fantasmas y temporalidades: "Mi viaje se verificaba en un mismo tiempo." ["La Salva"]

Ese lenguaje, esa palabra, esa idea, ese concepto no se reducen a la noción de escritura como una *cosa* mecánica, sino que se elevan a la revelación, al trance, a la visión, a la percepción de lo "invisible" o a lo que se esconde a los ojos. La poesía del poeta es el habla de la videncia y de la audiencia; a través de él —si puede llamársele receptor— nos cuentan sus cosas las salamandras y las sílfides, secretos reservados sólo para este tipo de prohombres, de visionarios, de superoyentes: "Aleja de tal modo las insinuaciones del amor y de los afectos humanos para seguir mereciendo el socorro de la salamandra y de la república volante de las sílfides." ["El Rebelde"]

La renunciación a la que se somete Ramos Sucre, el desprendimiento, su anulación como hombre material; su negación como un individuo físico, ávido de los afectos del sexo y del género, la omisión de su ego, como sujeto individual, para asumir su estructura colectiva, holista, ecuménica, todo ello lo lleva a trascender el espacio y el tiempo, a tomar la voz de



los otros, a traducirse en una polifonía de ondas y de figuras, de cuerpos, de esqueletos, de disposiciones mentales, de reverberaciones humanas:

## El Peregrino de la fe

Yo gustaba de perderme en la isla pobre, ajena del camino usual. Descansaba en los cementerios inundados de flores silvestres, en el ámbito de las iglesias de madera.

Mi pensamiento se desvanecía a la vista del cielo de ámbar y de una serranía azul.

Yo rompía al azar la flora voluble de los prados. El iris mágico de una columna de agua aturdía la serie de mis caballos imprudentes.

El sol fortuito invertía las horas de la vigilia y del sueño, presidiendo el fausto de una latitud excéntrica.

Los ríos verdes ocupaban un cauce de cenizas. Merecían el privilegio de llevar al océano el ataúd de una virgen desconsolada.

Yo recliné la cabeza en una piedra, compadeciendo la frente proscrita de Jesús, y dormí en una colina sobria, en donde crecía una maleza perfumada, cerca del blando tapiz del mar.

Yo disfruté, en el curso de la noche plácida, las visiones reservadas a Parsifal y recibí, antes del alba, el mandamiento de alejarme en silencio.

Un prócer de la corte celeste, favorecido con el semblante y la sabiduría de un San Jerónimo, me esperaba a breve distancia en el barco del pasaje y lo dirigió con la voz. LC